

Identidad política y producción autogestiva: sentidos asociados al trabajo en una organización territorial de base

Political identity and self-managed production:
Meanings of work in a grassroots organization

Ariel Fontecoba¹

arielfontecoba@yahoo.com.ar

Resumen. A través del análisis de diferentes fuentes discursivas, se reconstruyen los sentidos asociados al trabajo y la autogestión en una organización territorial de base, compuesta por trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires, que desarrolla distintos emprendimientos productivos y comunitarios. Estos sentidos se muestran, en parte, sobre-determinados por los procesos de identificación política que atraviesan a la organización, fuertemente marcados por discursos que toman a la autogestión como práctica transformadora de las relaciones sociales de producción, al tiempo que también revelan la presencia de imágenes que reproducen, en forma total o parcial, las representaciones socialmente dominantes sobre el trabajo asalariado.

Palabras clave: identidad política, movimientos sociales, trabajo, autogestión.

Abstract. Through an analysis of many discourse sources, the article reconstructs the meanings of work and self-management in a grassroots organization of unemployed workers located in the Greater Buenos Aires area that develops different production and community projects. These meanings are partially overdetermined by the organization's political identification processes, where discourses take self-management as a practice that changes production's social relations. At the same time, they also contain images that, in whole or in part, reproduce socially dominant representations of employment.

Key words: political identity, social movements, work, self-management.

Introducción

En los últimos años, desde la literatura académica se ha hecho un gran hincapié en la diversidad y heterogeneidad de los movimientos y organizaciones de base como un valor y una fortaleza de estos actores. Sin negar esta condición, a menudo se olvida que gran parte de los esfuerzos y las energías invertidas cotidianamente desde las iniciativas de base se destinan a la construcción de marcos comunes

de sentido e interpretación del contexto social. Para muchos movimientos y organizaciones, la cuestión de la "unidad" es un tema tan crucial como la conservación y potenciación de la riqueza de sus vínculos y atributos sociales. En este sentido, la tónica de la identidad y la subjetividad de los colectivos involucrados en prácticas económicas alternativas constituye un tema recurrente, que en los últimos años ha recibido mayor atención, especialmente en el contexto brasileño (Veronese, 2008). A pesar

¹ Docente del Seminario "De la Globalización a la Economía Solidaria". Carrera de Relaciones del Trabajo. Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Marcelo T. de Alvear 2230, C1122AAJ, Buenos Aires, Argentina.

de la importancia dada a la dimensión cultural del cambio social, en términos de las economías alternativas no hemos alcanzado aún un acervo importante de indagaciones sobre la cuestión. Más allá de las definiciones normativas, consideramos necesario interrogarse sobre los sentidos dados por los actores a sus propias prácticas. Específicamente: qué horizontes de inteligibilidad se construyen desde las iniciativas de la economía social y solidaria en tanto esfuerzos por crear marcos comunes de significación sobre lo económico.

Siguiendo esta línea de indagación, en el presente trabajo nos aproximaremos a los sentidos construidos en torno al trabajo y la producción autogestiva desde las prácticas económicas que desarrolla una organización territorial de base: el Movimiento de Trabajadores Desocupados (en adelante, MTD) de Lanús. Como tendremos oportunidad de exponer a continuación, estos sentidos están fuertemente marcados por la identidad política de la organización y los procesos de constitución identitaria del colectivo de pertenencia. De allí que las definiciones políticas sobre la autogestión y los emprendimientos productivos que sostiene el movimiento sean referencias importantes para comprender las definiciones subjetivas de los actores sobre sus propias prácticas. Asimismo, en este caso, los sentidos asociados al trabajo no se agotan en las articulaciones político-ideológicas, puesto que también se vinculan con las representaciones dominantes sobre el empleo y el trabajo asalariado. De tal forma, las imágenes que tornan significativas a las prácticas económicas desarrolladas por esta organización dan cuenta de la coexistencia, tanto de discursos emergentes que tratan de resignificar el sentido del trabajo, creando nuevos horizontes de significación, como de discursos que reproducen, en forma total o parcial, los sentidos socialmente dominantes sobre el trabajo.

Para reflexionar sobre estas cuestiones, en primer lugar, definiremos qué entendemos por identidad política y su relación con los sentidos construidos por los movimientos y organizaciones sociales en torno a sus prácticas autogestivas, dando prioridad a los aspectos dinámicos de la subjetividad en tanto procesos de identificación colectiva enmarcados en un determinado contexto cultural. Luego, presentaremos brevemente la trayectoria reciente y las características organizativas del MTD de Lanús, así como su participación en el Frente Popular Darío Santillán (en adelante, FPDS),

en tanto espacio de referencia político-ideológica del movimiento. En tercer lugar, apoyándonos en las definiciones teóricas esbozadas, analizaremos diferentes discursos en torno al trabajo y la producción autogestiva, materializados en entrevistas semi-estructuradas con miembros y referentes del MTD de Lanús y en documentos y artículos del FPDS. Finalmente, a modo de conclusión, recapitularemos los hallazgos principales del presente trabajo en su relación con la problemática de la autogestión y la subjetividad.

Identidad política, cultura del trabajo y movimientos sociales

Desde el punto de vista de la acción colectiva, las identidades han sido definidas como un factor central para la articulación de intereses individuales y colectivos, posibilitando la conformación de grupos y organizaciones que promueven y sostienen distintos procesos de movilización social y política. En este nivel, la identidad es una dimensión que se constituye a través de la propia acción, en tanto *proceso de identificación colectiva*. La capacidad de las organizaciones y movimientos sociales para desarrollar procesos alternativos de producción de sentidos es una dimensión importante de las condiciones de posibilidad de la propia acción colectiva. De esta manera, los marcos de significación que generan organizaciones y movimientos sociales tratan de lograr la integración simbólica de los individuos dentro de nuevos espacios identitarios, posibilitando la reapropiación del sentido de la acción individual y colectiva. La identidad se conforma así en un *círculo de reconocimiento* que permite la determinación de los intereses y las expectativas comunes de los sujetos, estableciendo lazos de pertenencia y solidaridad colectiva que posibilitan el accionar conjunto (Revilla Blanco, 1994).

Así, se plantea la cuestión de las mediaciones entre la identidad, como resultado contingente, y la identificación, como proceso permanente de producción de sentidos, y las modalidades que adquieren en la conformación de voluntades colectivas. Aproximándonos a una respuesta para este interrogante, proponemos acudir a la figura de la *interpelación-reconocimiento* como mecanismo de identificación imaginaria del sujeto: si toda identidad establece un orden simbólico en el que los sujetos son asignados a ciertas posiciones imaginarias que deben asumir, aquella siempre

requiere que los mismos se reconozcan en ellas como parte de su propia imagen de sí. Según Hall:

Las identidades son, por así decirlo, las posiciones que el sujeto está obligado a tomar, a la vez que siempre "sabe" (en este punto nos traiciona el lenguaje de la conciencia) que son representaciones, que la representación siempre se construye a través de una "falta", una división, desde el lugar del Otro, y por eso nunca puede ser adecuada –idéntica– a los procesos subjetivos investidos en ellas. La idea de que una sutura eficaz del sujeto a una posición subjetiva requiere no sólo que aquel sea "convocado", sino que resulte investido en la posición, significa que la sutura debe pensarse como una articulación y no como un proceso unilateral, y esto, a su vez, pone firmemente la identificación, si no las identidades, en la agenda teórica (Hall, 2003, p. 20-21).

Diremos, entonces, siguiendo a Hall (2003), que la identidad es un punto de articulación entre los discursos y las prácticas que interpelan a los individuos como sujetos a partir de la construcción de ciertas posiciones subjetivas, y los procesos que producen subjetividades y que posibilitan, modifican o impiden la adhesión de los mismos a estas posiciones, pudiendo dar lugar a la elaboración de nuevos sentidos. Por lo tanto, la identidad es un resultado del proceso de identificación, en tanto dinámica en la que se combinan la sujeción y la subjetivación. En este sentido, no basta con determinar cuáles son las posiciones de sujeto producidas por un espacio identitario particular, sino que también es necesario examinar cómo subjetividades concretas se reconocen o no en estas interpelaciones imaginarias (Restrepo, 2007). De esta manera, será posible dar cuenta de la riqueza de significaciones presentes en las iniciativas de la economía social y solidaria y de los modos en que los sujetos se apropian y resignifican los sentidos dominantes sobre el campo de lo económico.

Por consiguiente, para comprender una acción social, debemos inscribirla en la totalidad significativa de la que participa, siendo la producción discursiva una de las dimensiones fundamentales de esta totalidad significativa. Si las identidades son configuraciones de sentido que relacionan elementos lingüísticos y no lingüísticos, las prácticas discursivas son los factores lingüísticos de la producción social de sentidos, interviniendo en la conformación de identidades sociales diversas. De tal forma, el efecto de sentido de los discursos suele ser

múltiple (Sigal y Verón, 1998). En términos generales, toda práctica discursiva se desarrolla en un campo significativo parcialmente objetivado, donde discursos y prácticas pretéritas condicionan los intentos de producción alternativa de sentidos (Aboy Carlés, 2001; Laclau, 1993). Si bien no es posible establecer en qué medida precisa esas sedimentaciones condicionan la eficacia simbólica de las articulaciones discursivas, especialmente de aquellas que cuestionan el orden de lo instituido, es dable pensar que estos significados socialmente dominantes aparecerán en el proceso de identificación como huellas o marcas discursivas. En otras palabras, las imágenes y representaciones identitarias elaboradas por los actores involucrados en prácticas económicas alternativas no se dan en el "vacío", necesariamente se vincularán con el discurso dominante –incorporando, rechazando o resignificando puntos nodales del mismo–.

Las características que asumen las relaciones de una determinada producción discursiva con otros discursos se derivan no solamente de sus contenidos, sino también de las modalidades a través de las cuales incorpora a esos contenidos. Esta es la diferencia lingüística entre el *enunciado* –lo dicho en un discurso– y la *enunciación* –el plano del discurso en el que se construye la relación del que habla con aquello que dice–. En el plano de la enunciación, se construyen dos entidades enunciativas fundamentales: la imagen del que habla o *enunciador* y la imagen de aquel a quien se habla o *destinatario*. Ambas son construcciones imaginarias del discurso que no coinciden con los emisores y los receptores empíricos. De allí que un emisor pueda construir en un mismo discurso distintas imágenes de sí mismo. Pero, en el plano de la enunciación, no sólo se elaboran las imágenes de enunciadore y destinatarios, sino también las relaciones entre estas entidades. En este sentido, "la certidumbre, la duda, la interrogación, la sugerencia son algunos de los múltiples modos en que el habla *define su relación con lo que dice* y, automáticamente, *define también la relación del destinatario con lo dicho*" (Sigal y Verón, 1998, p. 24). Lo cual supone también que el receptor no se reconozca en la imagen de sí –el destinatario– que le es propuesta en el discurso. Por lo tanto, entendemos que, en este juego interdiscursivo de construcción de imágenes y de interpelación-reconocimiento de los emisores y los receptores con respecto a ellas, se juega una de las

dimensiones principales de los procesos de identificación intersubjetiva².

Para el caso que estamos analizando, nos interesa indagar en la identidad política de la organización en tanto proceso de identificación colectiva, y particularmente del lugar que ocupa el trabajo y la producción autogestiva en esta configuración identitaria. Esto supone, entre otras cosas, rastrear las posiciones subjetivas que son articuladas en los discursos y las prácticas del movimiento y a las que son convocados los individuos que forman parte del mismo. En el contexto de este trabajo, comprendemos por *posiciones subjetivas a las imágenes construidas discursivamente de enunciadores y destinatarios y a las relaciones que se establecen entre las mismas*. Como veremos, en el caso del MTD de Lanús-FPDS, se presentan relaciones estrechas entre la identidad política de la organización, los sentidos asociados al trabajo y la autogestión y los posicionamientos subjetivos en torno a los mismos.

En tal sentido, toda identidad política que configure sentidos en torno al trabajo y las prácticas autogestivas lo hace en el marco de una cultura del trabajo que presenta elementos contradictorios en su seno. Si, como señaláramos, toda producción discursivo-identitaria se desarrolla en un campo significativo parcialmente objetivado, los sentidos del trabajo autogestivo que son articulados por la identidad política de la organización encuentran en la cultura del trabajo un acervo de prácticas, valores y conocimientos históricamente constituidos que son su condición de posibilidad (Tiriba, 2007). Ello implica entender a la cultura no sólo como un espacio de significaciones constituido a través del tiempo, sino también como un campo de relaciones de poder donde determinados sentidos que han sido subalternizados pueden ser actualizados y movilizadas en procesos de configuración subjetiva (Retamozo, 2006a, 2006b, 2006c). En términos de la cultura del trabajo, la hegemonía neoliberal implicó la dominación del individualismo, el consumismo, la naturalización de

las desigualdades sociales y la superioridad del mercado. Sin embargo, la presencia en la cultura de sentidos que históricamente vinculan al trabajo con el bienestar y la protección social, el ejercicio de derechos legítimos, la dignidad y el reconocimiento permitieron la configuración subjetivo-identitaria de actores colectivos de protesta afectados por el orden neoliberal (Manzano, 2007; Retamozo, 2006a, 2006b, 2006c, 2007).

El trabajo y la autogestión son, en consecuencia, significantes cuyos sentidos pueden ser articulados a distintas formaciones político-identitarias, constituyendo en algunos casos fronteras simbólicas rivales o antagónicas (Laclau, 2005). En los últimos años, el paradigma neoliberal que vinculó a la autogestión con la focalización del gasto público y la descentralización de competencias estatales fue cuestionado por múltiples actores y movimientos sociales que disputaron su significado al movilizar sentidos asociados al anticapitalismo, la democracia directa, la autonomía, las prácticas prefigurativas, la solidaridad y la dignidad, entre otros (Manzano y Fernández Álvarez, 2007; Retamozo, 2006a, 2006b, 2006c, 2007; Rodríguez, 2009; Wyczykier, 2007). De tal forma, las demandas vinculadas al trabajo y las prácticas autogestivas poseen un “exceso metafórico” que subvierte su significado literal y las definiciones teórico-normativas. Su condición, en los contornos de este esquema analítico, es la de *significantes cuyo significado ideológico-político será el resultado de su inscripción en determinadas configuraciones identitarias que articulan distintos sentidos presentes en la cultura en formas dominantes y subalternas*.

De esta manera, pensamos que es posible reconstruir, mediante el análisis empírico de los discursos, las interacciones entre las distintas modalidades de interpelación y reconocimiento identitario que articulan sentidos sobre el trabajo y la producción autogestiva. Esta dinámica será comprendida como la búsqueda de mayores niveles de integración entre los miembros de la organización, procurando la

² Como señalan Sigal y Verón: “¿Qué significa hablar de actores sociales para designar procesos colectivos, movimientos, organizaciones o partidos, a partir del momento en que se rechaza tanto la reducción de esta expresión a una metáfora que sólo designa recortes ‘objetivos’ (en términos de clase, posición social, etc.) cuanto la referencia a alguna especie de ‘consciencia colectiva’? El análisis de los funcionamientos enunciativos nos parece aportar una respuesta a esta pregunta. Un actor social se *construye* –se dibuja, podría decirse– en el interior de un imaginario que estructura los *lugares* de los productores/receptores de discursos. Esos lugares no son puntos aislados: las posiciones enunciativas de los actores políticos son inseparables de una lógica que define estrategias, determina restricciones, *produce*, en suma, el sentido de los comportamientos sociales. El actor no es una entidad fantasmática: *no es sino la red de relaciones enunciativas materializada en el interdiscurso*. De este modo, puede ser identificado y analizado tanto en su funcionamiento como en sus transformaciones” (Sigal y Verón, 1998, p. 252).

conformación de un círculo de reconocimiento que fortalezca los lazos de pertenencia y solidaridad colectiva. Para ello, recurrimos a una definición mínima de *identidad política como la articulación contingente de sentidos y prácticas que, mediante un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, establece un círculo de reconocimiento intersubjetivo que promueve lazos de solidaridad y pertenencia colectiva, orientado hacia la definición compartida de asuntos públicos*³. Entre estos asuntos públicos se encuentra, precisamente, la cuestión del trabajo y los problemas de subsistencia que aquejan a los sectores populares, así como las respuestas elaboradas desde los movimientos y organizaciones de base, entre las cuales se encuentran las prácticas productivas de carácter autogestivo.

De esta forma, en los límites de este artículo, mediante el análisis de diversas fuentes textuales, trataremos de acceder a los significados construidos en torno al trabajo y la producción autogestiva, en tanto tópicos constitutivos de la identidad política del MTD de Lanús-FPDS. Como veremos a continuación, estos discursos articulan diferentes representaciones y posiciones subjetivas que movilizan sentidos presentes en la cultura del trabajo y que pasan a formar parte de la configuración identitaria del colectivo de pertenencia, dando sentido a las prácticas económicas que se desarrollan cotidianamente desde la organización.

El MTD de Lanús en el Frente Popular Darío Santillán (FPDS): su trayectoria reciente y su base organizativa

El MTD de Lanús es una organización de desocupados que surge por el año 2000, a partir de la iniciativa de un grupo de militantes políticos y sociales del sur del Gran Buenos Aires. El movimiento tiene un fuerte arraigo territorial que se extiende a cuatro barrios de la localidad de Monte Chingolo, en el Partido de Lanús. Como el conjunto de las organizaciones de desocupados, el MTD de Lanús ha recurrido a los "piquetes" y movilizaciones como principal repertorio de acción colectiva, con el

fin de paliar las necesidades de subsistencia de sus bases sociales. Estas acciones permiten que la organización obtenga recursos y ayudas, básicamente planes sociales, alimentarios y de empleo, que reparte entre sus miembros, reforzando las estructuras de movilización de la organización. Esto se vincula también con los cambios recientes en la gestión de las políticas públicas de asistencia, donde se ha promovido la participación de las organizaciones de la sociedad civil en la implementación de las mismas, permitiendo a distintas organizaciones de base obtener un control relativo sobre la gestión de estos recursos.

En cuanto a los planes sociales, el movimiento administra un determinado "cupó" de planes por barrio. Para acceder a estos planes, la organización fija determinadas condiciones para sus miembros, que consisten básicamente en la participación en las actividades del movimiento, especialmente en relación a las movilizaciones, las asambleas barriales y las tareas comunitarias. Estas condiciones son sumamente flexibles en la práctica y admiten, generalmente y según los casos, un amplio abanico de excepciones y combinaciones. Además, el movimiento cuenta con ayudas alimentarias que se distribuyen a través de comedores comunitarios. Éstos emergieron por fuera de las estrategias políticas de los líderes y referentes barriales, a partir de la demanda recurrente de sus propias bases sociales. Los comedores y merenderos funcionan en los Centros Comunitarios que posee la organización, donde se recibe la ayuda alimentaria que distribuye el Municipio de Lanús (Fontecoba, 2009, 2011).

Otra de las prácticas colectivas desarrolladas por el movimiento es la creación de emprendimientos productivos, integrados por miembros de la organización que reciben alguno de los subsidios de desempleo de las administraciones gubernamentales. Sobre este aspecto, la trayectoria del movimiento muestra una experiencia de labor comunitaria y trabajo autogestivo dificultosa e intermitente. Los emprendimientos productivos, cuando no responden directamente a prácticas de autoconsumo, son iniciados con un capital de trabajo limitado, siendo la propia fuerza de trabajo de

³ Aquí reformulamos la noción de identidad política propuesta por Aboy Carlés, que en su versión original define a la identidad política como "el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia" (Aboy Carlés, 2001, p. 54).

sus miembros el principal factor productivo de los mismos. En algunos casos, los emprendimientos se han convertido temporalmente en “talleres de oficios”, donde los jóvenes que integran la organización tienen la posibilidad de aprender un trabajo y capacitarse laboralmente, aunque el movimiento también ha encontrado grandes dificultades para involucrar a los jóvenes en estas actividades. En otros casos, los emprendimientos han quedado reducidos a trabajos que se realizan eventualmente, integrando a muy pocas personas que deben combinar estas tareas con otras fuentes de ingreso (Fontecoba, 2009, 2011).

En cuanto al proceso de toma de decisiones y gestión cotidiana del movimiento, la organización realiza asambleas semanales en cada uno de los barrios, donde participan las personas que residen en dicho territorio, quienes eligen a un responsable o “referente” barrial. Estas asambleas suelen ser más informativas que resolutivas; en ellas se comunica a las bases sociales sobre las cuestiones más importantes del momento, como ser: el estado de los planes y la mercadería que se recibe, las movilizaciones o acciones que se realizarán, las necesidades que tiene la organización de contar con la participación de sus miembros en ciertas actividades. Además, existen distintas áreas de acción en función de tareas o temas comunes, como ser: “proyectos productivos”, “administración”, “finanzas”. Cada una de estas áreas tiene también un miembro coordinador, quien organiza las reuniones y mantiene encuentros con los responsables de los demás barrios. Por último, la organización cuenta con una “mesa de referentes”, en la que participan los referentes barriales y los responsables de cada área. En las reuniones de los referentes, se unifican las problemáticas de cada barrio y de cada área, se discute y se toman decisiones sobre las mismas y suelen implicar discusiones de mayor contenido político que en las asambleas barriales o en las reuniones de área (Fontecoba, 2009, 2011).

En este sentido, es significativo el rol desempeñado por los referentes barriales. El referente suele ser un miembro de la organización con muchos años de permanencia: se trata de personas que han dedicado mucho tiempo a la organización, han militado en ella desde sus inicios y han mostrado un gran compromiso y entrega con las actividades del movimiento. La permanencia, la dedicación y el compromiso, suelen ser reconocidos internamente mediante la asignación de responsabilidades. Por sobre

cualquier otro miembro, el referente concentra un gran número de tareas. El compromiso prolongado y su reconocimiento mediante la asignación creciente de responsabilidades hacen de los referentes miembros con un mayor sentido de pertenencia hacia el movimiento. Los referentes suelen ser portadores de un discurso más articulado, conocen en mayor detalle la historia del movimiento, se identifican y se insertan en él como parte de un “nosotros” y desarrollan un lenguaje más politizado (Fontecoba, 2009, 2010).

Fuera del círculo de los líderes y referentes barriales, más proclives a la movilización sobre incentivos colectivos, el resto de los miembros del movimiento parece vincularse primordialmente sobre las expectativas y obligaciones generadas por los recursos y ayudas que provee la organización. De allí que el rol del referente barrial devenga un factor importante para el sostenimiento de las estructuras de movilización del MTD de Lanús. Los intentos permanentes de los miembros más activos por enmarcar la acción colectiva en función de ciertos criterios y valoraciones dan cuenta de los esfuerzos incesantes que deben realizar para garantizar la participación y la movilización de las bases sociales. Situación que se torna aún más evidente en el número de tareas y responsabilidades que acumulan y el rol ejemplar que desempeñan cotidianamente (Fontecoba, 2009, 2010).

Sobre esta estructura organizativa, por el año 2004, el MTD de Lanús, junto a otras organizaciones de desocupados, formaron un Frente social y político multisectorial, al que denominan: Frente Popular Darío Santillán (FPDS). Este Frente cuenta, hasta el día de hoy, con una fuerte base en las organizaciones territoriales de desocupados del Gran Buenos Aires, la mayoría de ellas pertenecientes al ex Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) Aníbal Verón. Posteriormente, se producirá la incorporación de otras organizaciones de desocupados, estudiantiles, campesinas y se formarán áreas y sectores de trabajo en lo sindical, cultural, género, formación, entre otras. A partir de esta articulación con diversos actores sociales y políticos, el MTD de Lanús irá perdiendo referencia exclusiva como sector de desocupados, para identificarse fuertemente con la construcción del FPDS, en tanto espacio político multisectorial que aspira a integrar y representar a una pluralidad de sectores y fuerzas sociales. En este sentido, cada organización de base, más allá de su pertenencia

sectorial, se irá vinculando en torno a espacios regionales, que conformarán una estructura federativa con fuerte militancia juvenil y territorial, la cual se mantiene hasta la fecha.

La lucha por el trabajo. Entre las necesidades de subsistencia y los intentos de autogestión

Desde los orígenes del movimiento piquetero, la problemática del trabajo ocupa un lugar central en sus demandas y movilizaciones. La respuesta del Estado se constituyó históricamente a partir de la creación y distribución de subsidios al desempleo que asumieron distintas modalidades de ejecución a través del tiempo, pero que básicamente fueron ineficaces para articular una respuesta efectiva al problema más allá del objetivo inmediato de descomprimir la protesta social y paliar algunas de las necesidades más urgentes de la población afectada. En tal sentido, casi todas las organizaciones de trabajadores desocupados⁴ debieron conformarse y adaptarse con distintos matices a la respuesta articulada desde el Estado, estableciendo una relación de dependencia con la red social de asistencia pública⁵, que terminó representando para los movimientos piqueteros la principal fuente de recursos organizativos de carácter material, pero también en muchos casos dando una disputa por la orientación de los programas sociales y de empleo. El caso de los MTD agrupados en el FPDS no es una excepción. Para los primeros MTD de la zona sur, entre ellos el MTD de Lanús y los movimientos que surgieron posteriormente, la obtención de una determinada cantidad de subsidios al desempleo significaba un primer paso importante para la consolidación de la organización y la posibilidad de interpelar a una base social más amplia. En palabras de un referente barrial al describir los orígenes de su movimiento:

Los primeros planes que obtuvimos como MTD fueron ocho. Al principio no sabíamos cómo repartirlos porque en realidad había personas que trabajábamos y que no los necesitábamos. Entonces hicimos una asamblea más generalizada, tratamos de hablar al barrio y se fue sumando más gente. Los primeros meses hubo ocho cupos para personas del barrio La Fe y después nos acoplamos gente de otros barrios y empezamos a hacer un poco más masivo el tema de que si querían tener su plan había que salir y luchar. Nosotros nos queríamos hacer conocer o por lo menos intercambiar con otros MTD para ver el tema de los planes. Ahí se fue saliendo a la calle, eran semanas que a veces estábamos en la calle cortando para que nos den los planes y así nos fuimos formando como MTD (Entrevista a Pedro, 2009, MTD de Lanús).

Estos primeros subsidios fueron el Programa Trabajar, implementado a nivel nacional desde 1996, y su correlato en la Provincia de Buenos Aires, el llamado Programa Barrios Bonaerenses, implementado en forma masiva desde 1997 (Andrenacci *et al.*, 2001). En términos generales, estos programas de empleo transitorio en sus distintas versiones, así como su sucedáneo Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados aplicado por el gobierno provisional del presidente Duhalde en el año 2002, se implementaron siguiendo la lógica de focalización de la asistencia social, transfiriendo la ejecución y gestión de los mismos a los ámbitos locales. En su operatoria, estos planes contemplaron la presentación de proyectos de mejoramiento barrial que incidieran sobre la calidad de vida de la población, teniendo por contraparte a ONGs y a los propios Municipios. Éstos eran los responsables de fiscalizar la contraprestación exigida a los beneficiarios, la cual se extendía por un tiempo determinado y con posibilidades limitadas de renovación (Svampa y Pereyra, 2003, p. 90-95). De esta manera, con la consolidación de los primeros MTD se planteó inmediatamente la cuestión de la autonomía política de las organizaciones con respecto al Estado nacional y los gobiernos

⁴ La única excepción es el MTD "La Juanita" de La Matanza.

⁵ Entendemos genéricamente por "red social de asistencia pública" a las intervenciones del Estado sobre la distribución secundaria del ingreso en el marco de las políticas sociales y laborales (Danani, 2004) basadas en los criterios de descentralización, focalización y comunitarización del gasto público (Andrenacci, s.f.; Cardarelli y Rosenfeld, 1998; Danani, s.f.; Grassi, 2003; Merklen, 2005). Por lo tanto, no distinguiremos estrictamente aquí entre políticas sociales y políticas laborales dado que ambas, en el contexto de la cuestión piquetera, responden a una misma orientación general y pueden ser entendidas en su conjunto como parte de una misma matriz estatal de asistencia, más allá de que la misma se haya expresado en la práctica por medio de diversos programas planificados desde ámbitos gubernamentales diferenciados. Incluiremos, en consecuencia, dentro de la misma red social de asistencia pública tanto a los programas implementados desde el Ministerio de Desarrollo Social como a los implementados desde el Ministerio de Trabajo de la Nación y sus homónimos provinciales, en la medida en que han sido destinados o han servido para articular una respuesta desde el Estado al conflicto y las demandas de las organizaciones de desocupados bajo una misma concepción de política pública.

locales. La obtención de los primeros subsidios de desempleo no sólo representaba un paso organizativo importante, implicaba también someterse a la voluntad de un puntero político y depender de la red clientelar que operaba en el barrio. Para los líderes y militantes de los MTD, el saldo organizativo obtenido en la lucha callejera se perdía en el barrio al no poder determinar el tipo y modo de realización de la contraprestación que los planes sociales exigían a sus beneficiarios⁶. En tal sentido, el desarrollo de una red asistencial propia, que lograra disputar la orientación y el control sobre el trabajo realizado en los barrios mediante los subsidios de desempleo, constituía un primer eslabón necesario para ganar ciertos niveles de autonomía organizativa.

Esta disputa asumió en el territorio distintas connotaciones, por lo menos hasta 1999, cuando el gobierno de De La Rúa habilitara la posibilidad de que las mismas organizaciones de desocupados se presenten como gestoras de los programas de empleo transitorio. En muchos casos, esta disputa supuso afrontar intimidaciones y agresiones físicas de los punteros, quienes veían amenazada su hegemonía en los territorios ante la emergencia incipiente de referentes barriales y militantes que empezaban a organizarse con los vecinos y se mostraban dispuestos a enfrentarlos. Estos niveles de enfrentamiento se dieron en un principio por las condiciones laborales en las que se ejercía la contraprestación y luego por la orientación de la contraprestación misma. La falta de insumos y herramientas de trabajo así como las precarias condiciones de salubridad y seguridad eran cuestionadas por los miembros de los MTD y motivaron serios conflictos en los primeros años de formación de las organizaciones. Un paso ulterior fue reclamar porque la contraprestación se realizara en los barrios y no en los centros comerciales de los distritos o en las sedes de los Municipios. Posteriormente, a medida que se obtenían ciertas reivindicaciones, la disputa ya fue en torno a la posibilidad de presentar listas propias de beneficiarios eludiendo la intermediación de la red clientelar de los punteros políticos y los Municipios (CTD Aníbal Verón, 2002; Svampa y Pereyra, 2003). De esta forma, se entabló una lucha no sólo por conformar una nueva

red de asistencia controlada por los MTD, sino también por los criterios de acceso a la ayuda social contemplados por los subsidios estatales. Mientras estos últimos priorizaban a los beneficiarios con mayor carga familiar, los MTD y otras organizaciones piqueteras fueron instaurando criterios que privilegiaban la participación en la acción colectiva directa y el compromiso con las actividades comunitarias en los barrios (Quirós, 2006; Svampa y Pereyra, 2003; Woods, 1998). Como describe un referente barrial en relación a los criterios de distribución de los subsidios al desempleo en su movimiento:

Hay acuerdos que tenemos establecidos como movimiento, el compañero que se queda con el plan es el que cumple con estos acuerdos. Por ejemplo, tiene prioridad si participa de un grupo de trabajo, ya sea productivo o comunitario; si va a las marchas y cortes cuando hay que movilizar y si participa en las asambleas (Entrevista a Brenda, 2009, MTD de Lanús).

De tal manera, para los propios aspirantes a beneficiarios en los barrios se abría la posibilidad alternativa de inscribirse en estos programas a través de un movimiento de desocupados y acceder al plan eludiendo los criterios nominales de implementación exigidos desde los Municipios (Quirós, 2006; Svampa y Pereyra, 2003; Woods, 1998). Estas condiciones de acceso funcionan al interior de los MTD como una vía para establecer prioridades entre los potenciales beneficiarios. Una de las características de la gestión de recursos de los movimientos es que las necesidades de su base social exceden casi siempre a los medios disponibles por la organización para satisfacerlas. Es esta brecha entre recursos disponibles y necesidades insatisfechas uno de los motivos que lleva a las organizaciones a fijar criterios diferenciales de acceso y asignación de los planes entre su base social. Sin embargo, las mismas son sumamente flexibles en la práctica y admiten, generalmente y según los casos, un amplio abanico de excepciones y combinaciones. Por ejemplo, no todos los miembros que participan en alguna labor comunitaria o productiva van a las marchas o cortes, así como hay personas que asisten a las asambleas barriales y las acciones de protesta sin comprometerse

⁶ Como señalan Svampa y Pereyra, este no fue el caso de todas las organizaciones piqueteras. Las organizaciones más grandes como la FTV y la CCC lograron una mayor autonomía y la posibilidad de presentar listados propios de beneficiarios que desempeñaban su contraprestación en los barrios prácticamente desde la implementación misma de estos programas, no sin entablar previamente una disputa con las redes del Partido Justicialista (Svampa y Pereyra, 2003, p. 92 y ss.)

mayormente con otras actividades del movimiento. De igual forma, en ciertas ocasiones se dan situaciones en las que algún familiar reemplaza a otro en una movilización o se exceptúa de cumplir con estas condiciones a madres que tienen muchos hijos o a personas que sufren una enfermedad⁷.

Por su parte, para los líderes y militantes de los MTD, la posibilidad de superar el carácter asistencial de los planes sociales y comenzar a darles una orientación y un sentido diferente se sustenta desde entonces, en primer lugar, en el hecho de ser obtenidos mediante las movilizaciones y cortes de calles y, en segundo lugar, en el hecho de que en estas acciones participan los propios aspirantes a beneficiarios, quienes pasan a desempeñar un rol activo en su consecución. Así, para los referentes de los MTD, la mediación de la acción colectiva directa adquiere un carácter polisémico: (i) como un recurso estratégico de las organizaciones para presionar sobre los funcionarios políticos y posicionarse mejor en las negociaciones; (ii) como una práctica formativa de la propia base social que adquiere por su intermedio una mayor conciencia política de su situación; (iii) como un medio para intentar construir y comunicar sentidos que cuestionen los relatos hegemónicos sobre el carácter clientelar de la ayuda social recibida; (iv) como una forma de dar una disputa a la red clientelar local con el objetivo de desplazarla y sustituirla; (v) como un intento de establecer nuevos criterios de asignación y distribución de la ayuda social estatal y (vi) como un esfuerzo por dar mayor visibilidad pública a la situación de marginación social sufrida en los barrios. De esta manera, a través de la acción colectiva directa, los MTD fueron logrando una mayor incidencia sobre las modalidades de implementación de los subsidios de desempleo, tratando de ganar autonomía en su destino práctico y en los sentidos otorgados a los mismos. Sin embargo, el cambio más sustancial en la relación entre las organizaciones de desocupados y las políticas de asistencia en estos primeros años se produjo como consecuencia no deseada de la política gubernamental. Según Svampa y Pereyra (2003, p. 95 y ss.), será la administración del presidente De La Rúa la que, con la presunta intención de transparentar la distribución de la ayuda social y evitar la intermediación de la

red clientelar del Partido Justicialista, creará la posibilidad de que las organizaciones piqueteras presenten proyectos de fomento social bajo la forma jurídica de asociaciones civiles, pasando a gestionar directamente los Planes Trabajar. Esta medida tuvo un alto impacto especialmente para las organizaciones de menor tamaño como los MTD.

En este sentido, como han señalado distintos trabajos (Andrenacci, s.f.; Cardarelli y Rosenfeld, 1998; Danani, s.f.; Grassi, 2003; Merklen, 2005), la llamada nueva generación de políticas sociales basada en las estrategias de focalización y comunitarización de la asistencia estatal contemplaba, con distintos matices y grados según los gobiernos, la transferencia de la gestión de los recursos hacia los niveles locales, en sintonía con las exigencias de los organismos multilaterales de crédito que financiaban total o parcialmente muchos de estos programas sociales. Aún así, el margen de maniobra de los MTD siempre estuvo sujeto a las relaciones de fuerzas de cada organización con las redes de punteros y las autoridades políticas locales. Es en la conjugación tanto de nuevas políticas sociales que promueven intervenciones territorializadas y que fueron constituyendo una red social de asistencia pública extendida con participación de actores locales, como en la disputa palmo a palmo en los barrios de los MTD contra las prácticas clientelares de punteros y Municipios, como se fue configurando una nueva red de asistencia controlada por las organizaciones piqueteras con distintos grados de autonomía relativa según las coyunturas y las correlaciones de fuerzas. Parte de esa disputa supone, una vez obtenida cierta capacidad de gestión de la ayuda social, una competencia desigual por la obtención de recursos con la red clientelar. Esta competencia desigual se torna especialmente crítica en las coyunturas políticas o en los distritos cuyas correlaciones de fuerzas son más adversas para los MTD. En palabras de un referente de Lanús:

Es un desgaste para la gente salir a la calle y no encontrar una solución inmediata. Ahora se sale y no se consigue tan fácil. Se trata de tener prioridad con esos compañeros que están saliendo hace mucho con sus familias. Tratamos de ayudarlos con mercaderías, con colchones, pidiendo al

⁷ Quirós afirma que algunas de estas características, por otra parte comunes a la mayoría de las organizaciones piqueteras, sigue una lógica de organización de las actividades que parece replicar la lógica de las relaciones laborales: hay vacaciones, licencias, horarios que cumplir, tareas que desempeñar, etc. (Quirós, 2006).

Municipio, buscando una salida a sus problemas en el momento y no que esperen 8 meses u 11 meses para que puedan cobrar el plan. Desgasta un montón a la gente que dice: "No, yo no voy más". Si no aparecen otras oportunidades de punteros políticos que tratan de tenerlos, porque para ellos es más fácil agregarlos en los planes y llevárselos y que solamente movilicen cuando tienen algún acto del partido. Acá en el barrio te perjudica porque es un barrio que está lleno de unidades básicas y la facilidad que tienen ellos de conseguir cupos para trabajar es muchísima más amplia que la nuestra. Ellos en un mes te pueden hacer ingresar 20 personas y nosotros en un mes podemos ingresar 1, 2 o 3 personas (Entrevista a Pedro, 2009, MTD de Lanús).

Históricamente, además de las luchas por la obtención de los planes de emergencia ocupacional, los MTD han puesto en práctica un amplio abanico de actividades tendientes a paliar las necesidades de subsistencia más inmediatas de su base social. Esto supone la obtención y la combinación en la gestión de una batería de programas sociales y laborales que incluyen, además de los mencionados subsidios de desempleo, programas de asistencia alimentaria, programas orientados a problemáticas de la juventud, programas de financiamiento y asistencia técnica a micro emprendimientos productivos o programas de emergencia habitacional y construcción de vivienda. Los MTD disponen en casi todos los barrios de un centro comunitario que hace las veces de sede de la organización y espacio de contención de diversas tareas: allí funcionan habitualmente los comedores y merenderos, talleres culturales y educativos orientados a jóvenes y niños, algún proyecto productivo, una guardería para menores o una biblioteca popular. Estas actividades representan, entre algunas otras, las que más frecuentemente se originan en los territorios. Como señalan los referentes barriales, muchas de ellas lo hacen principalmente motivadas por las necesidades materiales de la propia base social a las que aquellos tratan de responder. Cada tarea comunitaria suele tener un pequeño grupo de miembros de la organización que la sostienen, que en algunos casos la computan como contraprestación del plan que reciben, pero que casi siempre dependen para su continuidad de la presencia permanente de los miembros más activos, fundamentalmente de los referentes barriales y militantes. Estas actividades suelen ser abiertas a todos los vecinos del barrio, pero en la práctica son los vecinos ya vinculados al

movimiento los que acercan a otros vecinos, familiares o amigos en busca de ayudas o recursos de distinto tipo. Como sostiene Quirós (2006, p. 63 y ss.), los movimientos piqueteros también se mantienen por medio de la participación de personas que en teoría no forman parte de sus bases. De esta manera, se va configurando un entramado de relaciones, solidaridades y lazos de reciprocidad que exceden los límites siempre difusos de la propia organización y que dan cuenta de su arraigo territorial.

Del conjunto de actividades de los MTD, los emprendimientos productivos ocupan un lugar singular. Al menos entre los referentes territoriales y los militantes, estas actividades mantuvieron durante un buen tiempo la expectativa de resignificar el carácter asistencial de la ayuda social recibida y crear fuentes de empleo sostenibles en el tiempo para los miembros de los movimientos. Actualmente, si bien siguen siendo organizados con estos objetivos, los MTD han encontrado grandes limitaciones para proyectar una "economía solidaria" que constituya una base material propia y autónoma de la red asistencial del Estado.

Un factor que ha incidido fuertemente en los últimos años en la economía popular del MTD ha sido el congelamiento en el monto que perciben los beneficiarios de los subsidios de desempleo y su depreciación frente a los aumentos de precios. Este factor se ha combinado con el congelamiento de los cupos de beneficiarios al que pueden acceder las organizaciones de desocupados. Por otro lado, la mejora en los índices de desocupación ha posibilitado el acceso a empleos –mayormente informales y precarios– para un número creciente de trabajadores desocupados. *La acción conjunta de estas variables ha repercutido sobre los niveles de participación de la base social del MTD, que en muchos casos ha sustituido su asistencia a un emprendimiento productivo o a una labor comunitaria por el acceso a un empleo, generalmente informal.* A esto se ha sumado el hecho de que la política social, en lo fundamental, no ha modificado su carácter asistencial. Si en un principio la creación por parte del Ministerio de Desarrollo Social del Plan Nacional de Desarrollo local y Economía Social "Manos a la Obra", implementado desde el año 2003, y posteriormente del Programa Ingreso Social con Trabajo "Argentina Trabaja", lanzado en el año 2009, parecían aventurar un cambio en la política gubernamental sobre los subsidios de desempleo, su implementación posterior ha evidenciado un desarrollo errático y a todas

luces insuficiente para transformar los planes sociales en alternativas de empleo sustentables⁸ (Coraggio, 2006).

Más allá de lo pregonado, las políticas sociales y de empleo no han avanzado hacia el desarrollo de una estrategia integral de promoción de las iniciativas autogestivas de los sectores populares. Al estilo de las políticas de asistencia, estos planes se han limitado a la entrega de dinero para la construcción o refacción de los lugares de trabajo y la compra de maquinarias e insumos. En la experiencia del MTD, la presentación de proyectos para el programa “Manos a la Obra” ha suscitado múltiples obstáculos. *Uno de los mayores inconvenientes mencionados por los miembros de los emprendimientos radica en la implementación secuencial de los proyectos y en los excesivos tiempos burocráticos comprometidos en su gestión.* Generalmente, en el caso de proyectos destinados a emprendimientos nuevos, su presentación e implementación conlleva al menos cuatro instancias: la evaluación y aprobación del proyecto, el financiamiento de la infraestructura, el financiamiento de las maquinarias y, finalmente, la compra de los insumos necesarios para empezar a producir. En total, cada una de estas etapas no ha demorado menos de 6 u 8 meses, implicando, una vez cumplimentadas, una supervisión técnica realizada por el Ministerio de Desarrollo Social. Esto supone que cada proyecto, desde su presentación inicial hasta la financiación de la última etapa y su puesta en funcionamiento, no demora, en el mejor de los casos, menos de 2 años. En el ínterin, los grupos de trabajo que la organización ha constituido para llevar adelante los emprendimientos sufren el desgaste de los tiempos burocráticos, lo cual se ha traducido usualmente en su descomposición y recomposición permanente ante cada etapa. De esta manera, la poca experiencia acumulada se pierde y el grupo que retoma el proyecto debe empezar de cero. En el caso de los proyectos presentados para la capitalización de emprendimientos que se encuentran en funcionamiento, estas demoras tienen un efecto similar: las expectativas de mejora generadas en un principio se ven luego frustradas, y los emprendimientos sobreviven a fuerza de la voluntad y el empe-

ño de los referentes o los miembros más comprometidos con la organización. Asimismo, *el simple hecho de aportar dinero a un emprendimiento nuevo o en funcionamiento, en ausencia de otros medios de promoción de estas iniciativas, como el apoyo en la comercialización y en la capacitación de los grupos de trabajo, no alcanza para generar alternativas de trabajo autosostenibles.* Lo que parece faltar desde las políticas públicas, en definitiva, es una estrategia integral de desarrollo de estas iniciativas que contemple el “tiempo de maduración” que todo emprendimiento de estas características supone (Coraggio, 2006).

En relación al programa “Argentina Trabaja”, desde su lanzamiento se planteó como una política pública de promoción de pequeñas cooperativas de servicios ligadas a proyectos de obra pública. Su implementación se desarrolló a través de los gobiernos municipales, encargados de mediar entre el Ministerio de Desarrollo Social y los potenciales beneficiarios. Esto reactualizó para los MTDs del Frente Darío Santillán y el MTD de Lanús la problemática de la disputa por el manejo de los recursos con las redes clientelares de los gobiernos locales. En el marco de ese conflicto de larga data entre los movimientos y los municipios, el MTD participó de un plan de lucha que incluyó movilizaciones, acampes frente al Ministerio de Desarrollo Social y piquetes en distintos puntos de la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano Bonaerense. Según una de las referentes del movimiento:

Con los emprendimientos productivos de alguna manera teníamos bastante garantizada la autonomía, porque nosotros presentábamos un proyecto, luchábamos mucho para que ese proyecto salga, y cuando ese proyecto salía comprábamos las máquinas, lo rendíamos y después organizábamos el trabajo como cada movimiento y cada asamblea lo iba pensando. Con el “Argentina Trabaja” lo particular es que esa autonomía es una disputa permanente, hay lugares donde hemos logrado por la relación de fuerzas mayor autonomía, entonces el presentismo lo manejamos nosotros, las obras que se realizan también las decidimos nosotros y hasta en algunos casos hemos conseguido dar la pelea porque nos den las herramientas a nosotros y que nosotros manejeamos esos materiales y esas herramientas y para qué van a estar destinados. En otros casos no, en

⁸ Mientras el Plan “Manos a la Obra” se presentaba con una política orientada a la capitalización y asistencia técnica de los emprendimientos productivos, posteriormente con el lanzamiento del Programa “Argentina Trabaja” la política pública para este sector parece haber dado un giro hacia la promoción de cooperativas de obra pública con baja capacidad de crecimiento y acumulación. Para mayor información sobre estas políticas sociales ver: Merlinsky y Rofman (2004); Roffler y Rebon (2006); Haddad y Lamprea (2007); Scala (2008); Hintz y Deux Marzi (2008).

otros casos ni siquiera se ha logrado obtener una Cooperativa propia, es decir, ser las autoridades de la propia Cooperativa, entonces se está dependiendo de un puntero por el tema de la asistencia, o en otros casos los Municipios deciden el laburo o están tomando asistencia todos los días, lo cual genera situaciones de apriete para los compañeros. Entonces, es una disputa permanente que seguimos dando (Entrevista a Edith, 2009, MTD de Lanús).

En definitiva, los niveles de autonomía ganados por los MTDs en largos y desgastantes procesos de disputa con los gobiernos municipales no constituyen una plataforma segura de construcción de prácticas autogestivas “puras”, sino que se encuentran continuamente sometidos a nuevos intentos políticos de subordinación de las organizaciones. En este sentido, la discontinuidad del programa “Manos a la Obra”, sobre el cual la organización había logrado financiar algunos proyectos productivos, y la posterior implementación del “Argentina Trabaja”, que supuso reinstalar la tensión en torno a la gestión de los recursos estatales, produjeron un reforzamiento del control político de la asistencia a través de los municipios. De allí que la autogestión, y como veremos a continuación, el desarrollo de prácticas productivas “sin patrón”, sean parte de un horizonte en construcción y en entredicho permanente, donde se combinan las limitaciones materiales y operativas con la falta de recursos y los condicionamientos políticos.

Sentidos asociados al trabajo y la autogestión

Es a partir de este conjunto de antecedentes, por consiguiente, en el que hemos desarrollado las entrevistas con referentes barriales y miembros de base del MTD de Lanús y hemos analizado documentos y artículos del FPDS, en tanto espacio político de referencia del movimiento. Como fuera señalado anteriormente, a la hora de comprender los sentidos sobre el trabajo y la autogestión que son elaborados

desde el MTD de Lanús-FPDS, entendemos que es necesario partir de las propias definiciones políticas de la organización. De esta manera, en un documento del año 2007 sobre la conformación del FPDS y sus principios organizativos, encontramos la siguiente definición de autogestión:

Nuestros principios organizativos son: la democracia de base, la formación, la lucha, y la autogestión [...] Entendemos a la autogestión como la libre decisión sobre el destino de los recursos generados por nuestro propio trabajo, recibidos solidariamente, expropiados a empresas capitalistas o arrancados al Estado. En lo que hace al desarrollo de nuestros propios trabajos productivos (huertas, granjas, carpinterías, herrerías, talleres textiles y de serigrafía, tambo, panaderías, entre otros) promovemos la creación de redes de consumidores y la construcción de una economía alternativa, pensada como aporte a la resistencia al sistema capitalista (Frente Popular Darío Santillán).

Como vemos aquí, la promoción de prácticas autogestivas constituye uno de los cuatro “principios organizativos” del Frente que integra el MTD de Lanús. Vale destacar que esta definición de autogestión se encuentra en un documento donde el FPDS se presenta como organización, relata su génesis y trayectoria y establece los criterios y principios que lo identifican como frente político. En este sentido, se postula a la autogestión como un precepto constitutivo del colectivo de identificación⁹. Las prácticas autogestivas son definidas como la “libre decisión sobre el destino de los recursos”, sea su origen fruto del propio trabajo, el aporte solidario de terceros o de la apropiación frente a empresas capitalistas o el Estado. La autogestión es relacionada con la creación de “redes de consumidores” y la construcción de una “economía alternativa” a partir de los propios emprendimientos productivos. La definición de autogestión que encontramos en este documento parece limitarse a la idea de “resistencia” frente al sistema capitalista. Sin embargo, las prácticas autogestivas serán luego vinculadas con la idea de “cambio social”:

⁹ Verón denomina colectivo de identificación al destinatario positivo de la enunciación: “El destinatario positivo es esa posición que corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, que adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciador: el destinatario positivo es antes que nada el partidario” (Verón, 1987, p. 17). Mientras que el enunciador establece un lazo con el colectivo de identificación o pro-destinatario en base al supuesto de compartir las mismas creencias, con relación al destinatario negativo o contradestinatario parte de la inversión de las creencias o su exclusión del colectivo de identificación. Según Verón, además, el enunciador político se relaciona con un tercer tipo de receptor imaginario: el para-destinatario, con el cual se relaciona a partir de la suspensión de las creencias compartidas, es decir, se trataría de un destinatario neutral o apartidario.

Nosotros entendemos al cambio social como una práctica a promover cotidianamente y como un objetivo en el tiempo. Pensamos a nuestras propias construcciones sociales y políticas como prefigurativas de una nueva sociedad. Por eso tenemos vocación de promover aquí y ahora nuevos valores, nuevas relaciones sociales y de trabajo, nuevas formas de luchar y de actuar políticamente, nuevas formas de relación entre mujeres y hombres, entre hijos y padres, nuevas manifestaciones culturales Frente Popular Dario Santillán).

En este pasaje, el “cambio social” incluye, entre otras prácticas, a las “nuevas relaciones sociales y de trabajo”, siendo entendidas como formas que anticipan “cotidianamente y como un objetivo en el tiempo” a la sociedad que se pretende construir social y políticamente. *Esto es sintetizado en la idea de “prefiguración”: una serie de prácticas singulares que concilian medios y fines políticos, alumbrando en su seno los objetivos de transformación social postulados para la sociedad en su conjunto.* Como en el pasaje anterior, estos sentidos de la producción autogestiva son articulados como principios constitutivos de la propia identidad política de la organización.

Posteriormente, ampliando esta primera definición de autogestión, encontramos en un artículo de la Revista Cambio Social, perteneciente al FPDS, la siguiente descripción de los emprendimientos productivos de las organizaciones que componen el Frente:

Agrupan a trabajador@s que se relacionan en forma horizontal, es decir, sin jerarquías: NO HAY PATRÓN. Esto genera un desafío intenso y también conflictivo, pero, al igual que sucede con las fábricas recuperadas, ofrece la posibilidad de pensar (y poner en práctica) una lógica de trabajo no-capitalista, que pueda prefigurar, aún en pequeña escala, nuevas relaciones sociales y laborales donde nadie extraiga el “plus-valor” del esfuerzo obrero y sea el trabajador quien decida sobre la producción. El trabajo que se realiza en estos proyectos tiene un sentido productivo pero también social y comunitario (obra pública, servicios básicos, pan o guardapolvos, etc.), lo que fortalece la integración de l@s trabajador@s con su comunidad (Revista Cambio Social, 2010).

En este pasaje, nuevamente aparece la idea de la autogestión como “práctica prefigurativa”, pero esta vez asociada al “trabajo sin patrón” y a las “relaciones horizontales” entre los trabajadores. La postulación de una forma de

organización del trabajo “sin jerarquías” es representada como parte de una “lógica de trabajo no-capitalista”. En este caso, *aparece fuertemente la figura del “trabajador” como definitoria del colectivo de identificación, por oposición a la figura del “patrón”, que es taxativamente excluida del nosotros colectivo, en tanto contra-destinatario de la enunciación.* Esta exclusión de la categoría de “patrón” del nosotros colectivo se traduce en la definición de los emprendimientos productivos como espacios sin explotación y con la autonomía decisoria de los trabajadores. Con el mismo énfasis, se destaca el rol social del trabajo autogestivo y su compromiso con las necesidades de la comunidad de pertenencia.

Estas referencias al “trabajo sin patrón” como forma de organización del trabajo y la posibilidad de trabajar “libremente”, también las encontramos en el discurso de algunos miembros de los emprendimientos productivos del MTD de Lanús, como en el siguiente caso:

Lo bueno que tiene esto es que vos no estás marcando tarjeta ni estás bajo de un patrón, es que trabajás libre. Vos decís: “me quiero ir a las 3, termino y me voy”; “me quiero quedar hasta las 5, me quedo hasta las 5”. Esa es la diferencia, que trabajás bien, tranquilo [...] Trabajando bajo patrón hay cosas que vos no podés hacer, estás limitado. Tenés un horario, tenés que cumplir, en algunos lugares siempre se ha marcado tarjeta o planilla, y vos sabés que te vas a tal hora y a tal hora te vas, no vas a andar escuchando música. Acá, querés salir a fuera, te fumás un cigarrillo, salís tranquilamente, querés tomar mate a cualquier hora y tomás mate a cualquier hora tranquilamente, acá sin bajo patrón, nadie te presiona, nadie te manda, acá nos mandamos y nos arreglamos entre nosotros: “bueno, yo hago esto, vos no podés, yo hago lo otro” y así (Entrevista a Marta¹⁰, 2009, MTD de Lanús).

Lo significativo de este relato radica no sólo en los atributos reunidos en la descripción hecha del “trabajo sin patrón”, sino también en los sobrentendidos en torno al trabajo en relación de dependencia. Este testimonio construye una representación de la autogestión que articula una serie de imágenes sobre las posibilidades generadas por este tipo de organización del trabajo: la ausencia de una figura de autoridad; la falta de presiones o imposiciones externas; la auto-organización entre los compañeros de trabajo; la flexibilidad horaria; las pausas en el ritmo de trabajo; la ausencia de conflictos.

¹⁰ Los nombres de los entrevistados han sido modificados para preservar su identidad.

Todas estas características reunidas en torno al “trabajo sin patrón” son negadas, por oposición, para las condiciones de trabajo típicas de los asalariados formales. Nótese que claramente se trata de una descripción, donde predominan las constataciones y los verbos en presente del indicativo. Más allá de la verosimilitud del relato en relación a cada una de las características mencionadas, importa destacar el sentido construido a partir de las figuras del trabajo “sin patrón-trabajo patrón”, hasta el punto de constituirse en un par antagónico. En este caso, hay una clara identificación del entrevistado con el nosotros colectivo definido a partir de las prácticas autogestivas.

De la misma forma, podemos encontrar este tipo de representación antagónica en una Cartilla de Formación del FPDS:

El trabajo en el capitalismo no es libre, sino que es trabajo forzado. Tod@s estamos obligad@s a trabajar para otros (los propietarios de los medios de producción) (Cartilla de Formación del FPDS, 2007).

El capitalismo pretende que vivamos alienados, es decir, que no podamos controlar nuestras vidas ni podamos decidir por nosotros mismos, colectivamente, qué hacer con nuestro tiempo disponible (Cartilla de Formación del FPDS, 2007).

En nuestros emprendimientos de producción autogestiva [...] y en nuestras organizaciones, apuntamos a que nuestra actividad y nuestro trabajo sean libres y compartidos. Por ello buscamos definir, entre todos, criterios comunes de producción y acción para decidir libremente qué hacer, cómo hacerlo, por qué y para qué (Cartilla de Formación del FPDS, 2007).

Al igual que en el testimonio anterior, es interesante destacar el contraste, discursivamente construido, entre las imágenes en torno al trabajo bajo condiciones de producción capitalistas y el trabajo en los emprendimientos autogestivos del FPDS. En este documento, las oposiciones entre los significantes “libre-forzado”, “compartido-obligatorio”, “decisión colectiva-alienación” construyen un sentido dicotómico en torno al trabajo, que opone antagónicamente las representaciones sobre la producción autogestiva y el empleo asalariado. Como vimos anteriormente, estas imágenes son articuladas en la identidad política de la organización y vinculadas con el nosotros colectivo. En este caso, se excluye del colectivo de identificación a los “propietarios de los medios de producción”, quienes cumplen la misma función simbólica de contra-destinatario de la enunciación que la figura patronal en los relatos precedentes.

Sin embargo, estos sentidos en torno al trabajo y la autogestión no agotan la diversidad de significados que coexisten en el imaginario colectivo del movimiento. También es posible asistir a otros relatos sobre el significado del trabajo, por ejemplo, en los siguientes testimonios de referentes barriales del MTD de Lanús:

Le fuimos dando vueltas y vimos que, si trabajábamos, teníamos que cobrar por lo que trabajábamos, entonces ahí fue que dimos ese salto y los compañeros empezamos a cobrar por trabajar en algún trabajo dentro de la organización, hoy por hoy, los proyectos productivos son proyectos que dan guita a los compañeros (Entrevista a Manuel, 2009, MTD de Lanús).

Buscamos poder sacar adelante este proyecto productivo, porque es una idea linda, es viable, y lo que podemos llegar a hacer con esto en lo social, podemos sustentar y crear laburos para nosotros. Estos son los ideales, que no son alejados, es concreto y posible para nosotros poder garantizar una moneda para un grupo de compañeros (Entrevista a Víctor, 2009, MTD de Lanús).

Dados los problemas de subsistencia que aquejan a la base social del MTD de Lanús, las iniciativas autogestivas también aparecen como una eventual respuesta a las necesidades materiales de sus integrantes. En estos relatos, el trabajo en los emprendimientos productivos se asocia a la posibilidad de generar una ocupación y un ingreso para los miembros del movimiento. Aquí, la relación construida discursivamente de las prácticas autogestivas con el trabajo formal no establece representaciones dicotómicas o antagónicas. Por el contrario, no parecen oponerse a los sentidos socialmente dominantes sobre el empleo formal y estable, articulándose en parte con ellos. En este caso, el sentido del trabajo en los emprendimientos productivos claramente se vincula a la posibilidad de generar una actividad laboral redituable. En ambos relatos, los locutores se identifican claramente con sus enunciados, que definen a los “compañeros” de la organización como los sujetos destinatarios de estas iniciativas.

Esta articulación entre el sentido de la producción autogestiva y algunos de los atributos identitarios del empleo formal también pudimos notarla en los siguientes testimonios:

El Movimiento está integrado por compañeros desocupados, por gente desocupada, y lo que vos querés hacer es integrarlos en algo, devolverles por lo menos la dignidad de las personas que antes tenían oficio (Entrevista a Emiliano, 2009, MTD de Lanús).

Yo no puedo tener un trabajo en blanco, yo quisiera entrar en una empresa como antes, pero: ¿quién me toma a mí?, por la edad que yo tengo a mí ya nadie me toma. Los que pasamos los 40 ya nadie nos toma, ni por más que tenga estudio. Yo soy maquinista en plásticos, estuve 20 años en soplado e inyección. Pero nadie me toma, a mi edad nadie me toma (Entrevista a Ricardo, 2009, MTD de Lanús).

Como vemos en estos relatos, las alusiones a un pasado donde era posible obtener un “trabajo en blanco” que otorgara la “dignidad” de ejercer un oficio y estar “integrado en algo” son también parte constitutiva de las representaciones en torno al trabajo que comparten los miembros del movimiento involucrados en las actividades productivas. En estos testimonios, *las prácticas autogestivas no abandonan totalmente las referencias identitarias al empleo asalariado, sino que inclusive las incorporan como horizonte deseado o añorado*. En uno de los testimonios, el colectivo de identificación que aparece es el “movimiento” y los “compañeros” en tanto “desocupados”, en el otro testimonio, en cambio, la referencia subjetiva sobre la condición de desocupado es la propia experiencia personal del enunciador. De esta manera, los entrevistados enfatizan en su relato la relación “trabajo-no trabajo”, siendo la principal preocupación y sentido de su participación en los emprendimientos productivos. En ambos casos, *los enunciados expresan deseos e intenciones que tienen por referencia de sentido al “trabajo en blanco” y al “oficio” como condiciones socio-laborales de un pasado con mayor estabilidad y calidad de vida*.

Esta articulación simbólica con las representaciones sobre el trabajo como ocupación estable, que garantiza un cierto status y reconocimiento social, también aparecen como reivindicaciones sociales del FPDS. Por ejemplo, en el documento ya citado, donde se hace referencia a los proyectos productivos del Frente:

Qué cosa mejor le puede suceder a nuestros barrios y a nuestros vecinos (nuestra base social), que además de los bachilleratos populares, los talleres de jóvenes, los comedores populares, surja además una herramienta gremial que le dé más fuerza a la lucha para dejar de ser “excluidos que dependen de la asistencia social”, y pasar a ser trabajador@s que mejoramos nuestras condiciones de vida y construimos poder popular para que, fruto de la organización y la lucha, en unidad con otros sectores sociales y organizaciones populares, todo vaya cambiando de una vez (Revisita Cambio Social, 2010).

En este pasaje, como en los testimonios anteriores que remarcaban el sentido del trabajo por su relación con la condición de desempleo, encontramos una contraposición similar, pero que en este caso alude a los significantes “excluido” y “trabajador”. Aquí vemos explicitada la diferencia entre una figura que representa a un grupo social dependiente de la asistencia pública, y la categoría de trabajador como condición que permite mejorar la vida material de la propia base social. Esta imagen, se afirma desde el mismo título del documento, donde el paso de “desocupado” a “trabajador” es significado como un “salto cualitativo”, posibilitado por las cooperativas y los emprendimientos autogestivos del FPDS. Este sentido de la producción autogestiva como posibilidad de abandonar la situación de exclusión y desempleo se afirma en su relación con la organización gremial de los propios trabajadores, siendo simbolizada, incluso, como lo “mejor que le puede suceder a nuestros barrios y a nuestros vecinos”. También es posible encontrar aquí una identificación del enunciador con el colectivo de los trabajadores, pero que aparece como un “nosotros” al que se aspira o se pretende integrar, no sólo por medio del trabajo autogestivo, sino también con “la lucha” y “la organización”.

En este sentido, un último aspecto significativo de los textos y testimonios que hemos citado es que la mayoría de ellos combinan descripciones en las que se realiza una lectura de situaciones presentes, con proyecciones sobre el futuro, en las que el presente aparece como un momento de un proceso de transformación deseado y buscado. Esto implica que, desde el punto de vista de la subjetividad, las enunciaciones en torno al trabajo y la autogestión articulen, por un lado, definiciones que delimitan y afirman un nosotros colectivo en el presente, y, por otro lado, proyecciones que implican cambios en la propia identidad de ese nosotros colectivo. Como hemos visto, *estas articulaciones identitarias conjugan imágenes sobre la producción autogestiva y el “trabajo sin patrón” con representaciones que retoman distintos atributos del empleo formal*. De allí que podamos entrever, coexistiendo dentro del colectivo de identificación del MTD de Lanús-FPDS, posiciones subjetivas que fluctúan entre la identidad históricamente constituida del trabajador asalariado y los imaginarios autogestivos emergentes en los distintos discursos.

Conclusiones

En definitiva, los discursos que hemos analizado nos hablan de articulaciones identitarias que relacionan imágenes sobre la producción autogestiva, el trabajo y la movilización política de base que producen variados efectos de sentido. Hemos visto cómo los sentidos sobre el trabajo y la autogestión que circulan en el MTD de Lanús-FPDS adquieren diferentes significados y vinculaciones, que abarcan desde la oposición y el antagonismo con ciertas representaciones imaginarias del empleo formal hasta su incorporación discursiva en tanto referencia identitaria. Si bien existen en la organización definiciones políticas que toman a la autogestión como un principio organizativo, otorgándole un sentido de práctica prefigurativa de relaciones sociales de producción no capitalistas, también encontramos discursos que aluden al empleo asalariado y a un modelo de integración social y reconocimiento simbólico con fuerte impronta en la experiencia de vida de muchas personas.

Estos sentidos asociados al trabajo no sólo expresan distintas maneras de significar a las prácticas de producción autogestivas desarrolladas por el MTD de Lanús-FPDS, sino también señalan posicionamientos subjetivos diferentes que coexisten dentro de un mismo proceso colectivo de identificación política. De allí que no sea extraño encontrar diversas modalidades y grados de adhesión de enunciadores y destinatarios con los sentidos articulados discursivamente desde la organización. Ello por lo general se relaciona con el distinto grado de compromiso y participación de los miembros en el movimiento. Mientras algunos, especialmente los referentes, se identifican fuertemente con el discurso de la organización e interpelan al resto de los miembros desde posiciones enunciativas militantes, encontramos también otras situaciones en las que el sentido de la participación parece relacionarse en mayor medida con experiencias laborales asalariadas y que interpelan particularmente a los miembros de base.

Lo antedicho no quita que estos diferentes posicionamientos subjetivos conlleven conflictos internos. En los límites del presente trabajo, no hemos podido explayarnos sobre estas circunstancias, que se manifiestan discursivamente en las apelaciones y demandas de los referentes barriales del movimiento hacia aquellos miembros considerados como menos "comprometidos" o "responsables". En ciertas ocasiones, a la hora de explicar la participación

intermitente de ciertos integrantes en los emprendimientos autogestivos, algunos referentes del movimiento mencionan como causales precisamente a los hábitos y costumbres adquiridos en experiencias de trabajo "bajo patrón". *Esto, sin embargo, no parece demostrarse fehacientemente en todos los testimonios, donde el anhelo y la ambición de recuperar la condición de trabajador asalariado opera también como una representación motivante de la participación en las prácticas autogestivas.* El hecho de contar con experiencias laborales previas y algún oficio suelen dejar huellas significativas en la vida de estas personas, quienes no sólo necesitan sino también desean volver a tener trabajo y estar ocupados en alguna actividad para recuperar su autoestima y sentirse socialmente valorados. *De esta manera, el trabajo como actividad redituable, como sinónimo de estar ocupado y como símbolo de cierto status social son representaciones con fuerte pregnancia en el imaginario de las personas involucradas en estos emprendimientos productivos.*

En su relación con la identidad política, hemos señalado también cómo el discurso de la organización incorpora y valora reivindicaciones sociales que consagran un lugar preponderante a la figura del trabajador. Si bien la articulación con este significante se realiza desde una posición política que promueve un discurso crítico con el rol subordinado que ocupa el trabajador en las relaciones asalariadas de producción, este discurso tampoco es ajeno a las necesidades materiales que aquejan a su base social y que generalmente requieren una respuesta inmediata. De allí que tanto en algunos documentos del FPDS como en los discursos de referentes barriales y miembros de base del MTD de Lanús aparezcan referencias a la condición de trabajador como categoría que permite una mejora en la situación social colectiva. *Aquí la autogestión no sólo adquiere, entonces, el valor de un principio político-organizativo, sino también el sentido de una respuesta compartida a necesidades materiales apremiantes.*

En este contexto, como vimos en el caso de la disputa por los programas sociales, *los intentos locales del MTD para superar el carácter asistencial de las políticas públicas y la dependencia material de la organización frente a los recursos estatales han encontrado fuertes limitaciones.* Esto se evidencia tanto en la auto-administración de los planes sociales como en los intentos de desarrollar emprendimientos autogestivos que superen el asistencialismo de la ayuda social. Podría decirse que el saldo positivo que en términos subjetivos y relacionales muestran algunas de las experiencias

autogestivas y comunitarias del MTD se contraponen con las carencias y las limitaciones materiales de las mismas, así como con sus condicionamientos políticos. El contexto de precariedad material, la falta de recursos y las fuertes presiones políticas que conlleva la disputa con redes clientelares partidarias y estatales, termina condenándolos a una inestabilidad crónica, impidiendo, en definitiva, un desarrollo pleno de los rasgos solidarios y cooperativos que muchas experiencias potencialmente poseen.

Referencias

- ABOY CARLÉS, G. 2001. *Las dos fronteras de la democracia Argentina: La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens, 333 p.
- ANDRENACCI, L.; NEUFELD, M.R.; RAGGIO, L. 2001. *Elementos para un análisis de programas sociales desde la perspectiva de los receptores: Los programas Vida, PROMIN, Trabajar y Barrios Bonaerenses en los municipios de José C. Paz, Malvinas Argentinas, Moreno y San Miguel*. Informes de Investigación del Instituto del Conurbano, UNGS, San Miguel, 83 p.
- ANDRENACCI, L. [s.f.]. *La política social de los gobiernos locales en la región metropolitana de Buenos Aires*. Instituto del Conurbano. Universidad Nacional de General Sarmiento (ICO-UNGS), p. 1-16.
- CARDARELLI, G.; ROSENFELD, M. 1998. *Las participaciones de la pobreza: Programas y proyectos sociales*. Buenos Aires, Paidós, 165 p.
- CORAGGIO, J.L. 2006. Sobre la sostenibilidad de los emprendimientos mercantiles de la economía social y solidaria. *Cuadernos del CENDES*, 61:39-67.
- DANANI, C. [s.f.]. Las políticas sociales de los 90: los resultados de la combinación de individualización y comunitarización de la protección. Mimeo, 9 p.
- DANANI, C. 2004. El alfiler en la silla: sentidos, proyectos y alternativas en el debate de las políticas sociales y de la Economía Social. In: C. DANANI (comp.), *Política social y economía social: debates fundamentales*. Buenos Aires, Editorial Altamira, p. 9-38.
- FONTECOBA, A. 2009. Entre la subsistencia y la autogestión: Participación, organización y estrategias de supervivencia en una organización piquetera del sur del Gran Buenos Aires. In: CONGRESO NACIONAL "PROTESTA SOCIAL, ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS SOCIALES", I, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Ciudad Universitaria, 12 p.
- FONTECOBA, A. 2010. Identidades militantes: La construcción discursiva de la participación en una organización de desocupados del Gran Buenos Aires. *Revista Académica Question*, 27:1-19.
- FONTECOBA, A. 2011. Las estrategias económicas del Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina: El caso del MTD de Lanús. *Revista Electrónica Gestión de las Personas y Tecnología*, 10:24-33.
- GRASSI, E. 2003. El asistencialismo en el Estado neoliberal: La experiencia argentina de la década del 90. *Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 4:27-48.
- HADDAD, V.; LAMPREABE, F. 2007. La Economía Social en Argentina: Impacto de una política pública. In: INTERNATIONAL CIRIEC RESEARCH CONFERENCE ON THE SOCIAL ECONOMY, 1, Canadá, 2007. *Anais...* Canadá, 25 p.
- HALL, S. 2003. Quién necesita identidad? In: S. HALL, P. du GAY (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Amorrortu, p. 13-39.
- HINTZE, S. 2003. Estado y políticas públicas: acerca de la especificidad de la gestión de políticas para la Economía Social y Solidaria. In: CONGRESO ARGENTINO DE ADMINISTRACIÓN PÚBLICA. SOCIEDAD, ESTADO Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, 2, Córdoba, 2003. *Anais...* Córdoba, 15 p.
- HINTZE, S.; DEUX MARZI, M.V. 2008. La institucionalidad política de la Economía Social y Solidaria en Argentina. In: CONGRESO INTERNACIONAL DEL CLAD SOBRE LA REFORMA DEL ESTADO Y DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, XIII, Buenos Aires, 2008. *Anais...* Buenos Aires, 29 p.
- LACLAU, E. 1993. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 272 p.
- LACLAU, E. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires, FCE, 312 p.
- MANZANO, V.; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.I. 2007. Desempleo, acción estatal y movilización social en la Argentina. *Política y Cultura*, 27:143-166.
- MANZANO, V. 2007. Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación: Antropología de campos de fuerza sociales. In: M.C. CRAVINO (ed.), *Resistiendo en los barrios: Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Los Polvorines, Prometeo-UNGS, 188 p.
- MERKLEN, D. 2005. *Pobres ciudadanos: Las clases populares en la era democrática [Argentina, 1983-2003]*. Buenos Aires, Gorla, 214 p.
- MERLINSKY, G.; ROFMAN, A. 2004b. Los programas de promoción de la Economía Social: ¿una nueva agenda para las políticas sociales? In: F. FORNI (comp.), *Caminos solidarios de la economía argentina: Redes innovadoras para la integración*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS, 26 p.
- QUIRÓS, J. 2006. *Cruzando la Sarmiento*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 144 p.
- RESTREPO, E. 2007. Identidades: Planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio. *Revista Janguapana*, 5:24-35.
- RETAMOZO, M. 2006a. Trabajo, subjetividad y acción: Desempleo, sentidos y acción colectiva". In: CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO, VII, Buenos Aires, 2006. *Anais...* Buenos Aires, ASET, 21 p.
- RETAMOZO, M. 2006b. Los "piqueteros": trabajo, subjetividad y acción colectiva en el movimiento de desocupados en Argentina. *Revista América Latina Hoy*, 42:109-128.

- RETAMOZO, M. 2006c. *El Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina: Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. México. Tesis de Doctorado. FLACSO-México, 326 p.
- RETAMOZO, M. 2007. Los sentidos del (sin) trabajo: Subjetividad y demanda en el movimiento de trabajadores desocupados en Argentina" *Revista Sociohistórica: Cuadernos del CISH*, 21/22:55-90.
- REVILLA BLANCO, M. 1994. El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido. *Revista Zona Abierta*, 69:181-213.
- RODRÍGUEZ, M.C. 2009. *Autogestión, políticas de hábitat y transformación social*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 272 p.
- ROFFLER, E.; REBON, M. 2006. Políticas socio-productivas e inclusión social: ¿hacia un nuevo modelo de políticas sociales? La experiencia del Plan Nacional Manos a la Obra. In: CONGRESO INTERNACIONAL DEL CLAD SOBRE LA REFORMA DEL ESTADO Y DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, XI, Ciudad de Guatemala, 2006. Anais... Guatemala, 32 p.
- SCALA, L.M. 2008. Plan Manos a la Obra: ¿En busca de la inclusión social? *Revista Otra Economía*, 2(2):118-134.
- SIGAL, S.; VERÓN, E. 1998. *Perón o muerte: Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, Eudeba, 270 p.
- SVAMPA, M.; PEREYRA, S. 2003. *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, BIBLOS, 230 p.
- VERÓN, E. 1987. La palabra adversativa. In: E. VERÓN et al., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hacette, p. 16-26.
- TIRIBA, L. 2007. Pedagogía(s) de la producción asociada: ¿hacia dónde camina la economía popular? In: J.L. CORAGGIO (org.), *La Economía Social desde la periferia: Contribuciones latinoamericanas*. Buenos Aires, Altamira-UNGS, p. 195-224.
- VERONESE, M. (org.). 2008. *Economía solidaria y subjetividad*. Buenos Aires, Ed. Altamira, UNGS, 192 p.
- WOODS, M. 1998. Redes clientelares en el conurbano bonaerense: usos del espacio y formas de estructuración del poder local. *Cuadernos del INAPL*, 18:441-456.
- WYCZYKIER, G. 2007. *De la dependencia a la autogestión laboral: Sobre la reconstrucción de experiencias colectivas de trabajo en la Argentina contemporánea*. Argentina. Tesis de Doctorado. Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, FLACSO, 295 p.

Fuentes primarias

- CARTILLA DE FORMACIÓN DEL FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN. 2007. El trabajo y su forma en el capitalismo. Cartilla de Formación. Área de Formación del Frente Popular Darío Santillán.
- CTD ANÍBAL VERÓN. 2002. Historia, principios y organización de los MTD de La Verón.
- FRENTE DARÍO SANTILLÁN. 2007. ¿Qué es el Frente Popular Darío Santillán?. Sitio Web del Frente Popular Darío Santillán. Disponible en: <http://frentedariosantillan.org/fpds/>. Acceso el: 14/08/2010.
- REVISTA CAMBIO SOCIAL: FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN. 2010. De "desocupad@s" a "trabajador@s": un salto cualitativo a partir de las cooperativas y proyectos autogestivos", nº 6. Entrevista a Marta. MTD de Lanús. 12/07/2009. Entrevista a Manuel. MTD de Lanús. 26/08/2009. Entrevista a Víctor. MTD de Lanús. 09/01/2009. Entrevista a Ricardo. MTD de Lanús. 12/07/2009. Entrevista a Emiliano. MTD de Lanús. 02/01/2009. Entrevista a Pedro. MTD de Lanús. 02/02/2009. Entrevista a Brenda. MTD de Lanús. 10/03/2009. Entrevista a Edith. MTD de Lanús. 23/09/2010.

Submetido: 11/08/2011
 Aceito: 25/05/2012